

DRAMATIS PERSONÆ

- D. RODRIGO DE ARISTA-POTESTAD, CONDE DE ALBRIT, SEÑOR DE JERUSA Y DE POLAN, etc., abuelo de
LEONOR (NELL), y
DOROTEA (DOLLY).
LUCRECIA, CONDESA DE LAÍN, madre de Nell y Dolly, y nuera del Conde.
SENÉN, criado que fué de la casa de Laín; después, empleado.
VENANCIO, antiguo colono de la Pardina; actualmente propietario.
GREGORIA, su mujer.
EL CURA DE JERUSA (D. Carmelo).
EL MÉDICO (D. Salvador Angulo).
EL ALCALDE (D. José M. Monedero).
LA ALCALDESA (Vicenta).
D. PÍO CORONADO, preceptor de las niñas Nell y Dolly.
CONSUELO, viuda rica, chismosa.
LA MARQUEZA, viuda campesina, pobre.
EL PRIOR DE LOS JERÓNIMOS (Padre Maroto).
-

La acción se supone en la villa de *Jerusa* y sus alrededores; las principales escenas en la *Pardina*, granja que perteneció á los Estados de Laín. Careciendo esta obra de colorido local, no tienen determinación geográfica el país ni el mar que lo baña. Todos los nombres de pueblos y lugares son imaginarios. Época contemporánea.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Terraza en la *Pardina*. A la derecha, la casa; al fondo, frondosa arboleda de frutales; á lo lejos, el mar.

GREGORIA, junto á una mesa de piedra, desgranando judías en la falda; VENANCIO, que viene por la huerta y se entretiene con un criado, observando los frutales. En la mesa una cesta de hortalizas.

GREGORIA

¡Eh... Venancio!... Que estoy aquí.

VENANCIO

Voy... Más de cincuenta *duquesas* se han caído con el ventoleo de anoche.

GREGORIA

¡Anda con Dios!... Deja las peras, y ven á contarme... ¿Es verdad que...?

(Entra *Venancio*, respirando fuerte, y limpiándose el sudor de la cabeza, trasquilada al rape. Gregoria espera impaciente la respuesta.)

Son marido y mujer, de más de cincuenta años, ambos regordetes y de talla corta, de cariz saludable, coloración

sanguínea y mirar inexpresivo. Pertenecen á la clase ordinaria, que ha sabido ganar con paciencia, sordidez y astucia una holgada posición, y descansa en la indiferencia pasional, y en la santa ignorancia de los grandes problemas de la vida. El rostro de ella es como una manzana, y el de él como pera, de las de piel empañada y pecosa. No tienen hijos, y cansados de desearlos principian á alegrarse de que no hayan querido nacer. Se aman por rutina, y apenas se dan cuenta de su felicidad, que es un bienestar amasado en la sosería metódica y sin accidentes. Gruñen á veces, y rezongan por contrariedades menudas que alteran la normalidad de reloj de sus plácidas existencias. En edad madura viven donde han nacido, y son propietarios donde fueron colonos. Su única ambición es vivir, seguir viviendo, sin que ninguna piedrecilla estorbe el manso correr de la onda vital. El hoy es para ellos la serie de actos que tiene por objeto producir un mañana enteramente igual al ayer. Visten el traje corriente y general, así en pueblos como en ciudades, muy apañaditos, limpios, modestos. Gregoria es hacendosa, guisandera excelente, tocada del fanatismo económico, lo mismo que su marido. Este entiende de labranza y horticultura, de caza y pesca, de algunas industrias agrícolas, y no es lerdo en jurisprudencia hipotecaria, ni en todo lo tocante á propiedad, arrendamientos, servidumbres, etc. Para entrambos la Naturaleza es una contratista puntual, y una despensera honrada, como ellos prosaica, avarienta, guardadora.)

VENANCIO

¡Brrr...!

GREGORIA

Pero, hombre, sácame de dudas. ¿Es cierto lo que han dicho? ¿Tendremos tarasca?

VENANCIO

Si. ¿Has visto tú alguna vez que falle una mala noticia?

GREGORIA, suspensa.

¿Y cuándo llega la señora Condesa?

VENANCIO

Hoy... Pero no te apures: se alojará en casa del señor Alcalde.

GREGORIA

Menos mal. (Volviendo á desgranar.) Pues otra... Si llega también el señor Conde, se juntarán aquí el agua y el fuego.

VENANCIO

Se pelearán, hoy como ayer... Suegro y nuera rabian de verse juntos. Si no quedaran de uno y otro más que los rabos, ¡qué alegría... ¡Por supuesto, al señor Conde habremos de alojarle.

GREGORIA

¿Qué duda tiene? No faltaba más... Yo digo: ¿vienen y se topan aquí por casualidad... ó es que se dan cita para tratar de asuntos de la casa?... porque de resultas de la muerte del Condesito habrá enredos...

VENANCIO

¿Yo qué sé? La Condesa Lucrecia vendrá, como siempre, á dar un vistazo á sus hijas.

GREGORIA

Y á pagarnos la anualidad vencida por el cuidado, manutención y servicio de las dos señoritas que puso á nuestro cargo... ¡Ah, ruin pécora...! Las tiene en este destierro para poder zancajear y divertirse sola por esos Parises y esas Ingalaterras de Dios... ó del diablo... ¡Tunanta! Lo que yo te digo, Venancio: comprendo que su suegro, el señor Conde de Albrit, que es el primer caballero de España, ¡y que lo digan! le tenga tan mala voluntad á esa condenada extranjera, de quien se enamoró como un tontaina su hijo (que esté en gloria)... Lo que no me cabe en la cabeza es que parezca por aquí, si sabe que ha de hocicar con ella... Ó será que lo ignora... ¿Qué piensas, hombre?

VENANCIO, revolviendo en la cesta de hortalizas.

Pronto hemos de ver si vienen aposta los dos, ó si la casualidad les hace empalmar en Jerusa... ¡Y que no traerán ella y él las uñas bien afiladas!... Créetelo... hemos de ver por tierra mechones de barbas blancas ó de pelos rubios, y tiras de pellejo... porque si el Conde D. Rodrigo quiere á su hija política como á un dolor de muelas, ella en la misma moneda le paga.

GREGORIA

Yo digo lo que tú: el pobre D. Rodrigo viene á que le demos de comer.

VENANCIO

Así lo pensé cuando supe su viaje.

GREGORIA

Es cosa averiguada que no ha traído de América el polvo amarillo que fué á buscar.

VENANCIO

Ha traído el día y la noche. Cuando embarcó para allá, había desperdigado toda su fortuna... Esperaba recoger otra, que le ofreció el Gobierno del Perú por las minas de oro que allá tuvo su abuelo, el que fué Virrey... Pero no le dieron más que sofoquinas, y ha vuelto pobre como las ratas, enfermo y casi ciego, sin más cargamento que el de los años, que ya pasan de los setenta... Luego, se le muere el hijo, en quien adoraba...

GREGORIA

¡Infeliz señor!... Venancio, tenemos que ampararle.

VENANCIO

Si, si, no salgan diciendo que no es uno cristiano. ¡Quién lo había de pensar!... ¡Nosotros, Gregoria, dando de comer al Conde de Albrit, el grande, el poderoso, con una cáfila de reyes y príncipes en su parentela, el que no hace veinte años todavía era dueño de los términos de Lain, Jerusa y Polan!... Díganme luego que no da vueltas el mundo...

GREGORIA, acentuando con un manajo de judías.

¿Oyes lo que te digo? Que tenemos que ampararle. Es nuestro deber.

VENANCIO, filosofando con un tomate que coge de la cesta.

¡Qué caídas y tropezones, Gregoria; qué caer los de arriba, y qué empinarse los de abajo!... Claro, le ampararemos, le socorreremos. Ha sido nuestro señor, nuestro amo; en su casa hemos comido, hemos trabajado... Con las migajas de su mesa hemos ido amasando nuestro pasar. (Levántase con aire de protección.) Pues, sí: hay aquí cristianismo, delicadeza... (Coge otro tomate y admira su belleza y tamaño.) Estos son tomates, Gregoria... Que venga el Cura refregándonos los suyos por las narices... Pues, sí, mujer: me da lástima del buen D. Rodrigo.

GREGORIA, contestando á la apología del tomate.

Pero las judías no granaron bien. (Mostrándolas.) Mira esto... También á mí me aflige ver tan caidito al señor Conde... Parece castigo... y si no castigo, enseñanza.

VENANCIO

Castigo, has dicho bien. Todo ello por no ser económico, y no pensar más que en darse la gran vida, sin mirar al día de mañana. Ahí tienes el caso, Gregoria, y pónselo delante á los que le critican á uno por la economía. En fiestas y viajes, en caballos y trenes, en convitazos y otras mil vanidades, se le escurrieron al señor los bienes de la casa de Albrit, y parte de los de Lain, que eran de su madre. La casa venía empeñada de atrás, pues dicen las historias que ningún Conde de Albrit supo arreglarse. Mira por dónde

las culpas de todos las paga este desdichado. Ya ves, después que le dejan en cueros los acreedores, le falla el negocio de América; luego le quita Dios el hijo, y se encuentra mi hombre al fin de la vida, miserable, enfermo, sin ningún cariño... Es triste, ¿verdad?

GREGORIA

Ahora caigo en que viene á ver á sus nietas: sí, Venancio, anda en busca de un querer que dé consuelo á su alma solitaria...

VENANCIO, cogiendo de la cesta una berenjena.

Puede ser... ¿Y qué tienes que decir de estas berenjenas?

GREGORIA

No son malas... Lo que digo es que al señor Conde le atrae el calorcillo de la familia.

VENANCIO

Pero ya verás: mi D. Rodrigo, buscando el agasajo, mete la mano en el nidial, y toca una cosa fría que resbala... ¡Ay! Es el culebrón de la madre, es la extranjera, la mala sombra de la familia, pues desde que el Conde D. Rafael casó con esa berganta, la casa empezó á hundirse... (Poniendo en el cesto la berenjena con que acciona.) En fin, que en tomates y berenjenas no hay quien nos tosa... pero no sabemos qué vientos echan para acá al señor Conde de Albrit.

GREGORIA

Él nos lo dirá. Y si se lo calla, no callarán sus hechos. (Dando por terminada su tarea, y pasando de la

VENANCIO, filosofando con un tomate que coge de la cesta.

¡Qué caídas y tropezones, Gregoria; qué caer los de arriba, y qué empinarse los de abajo!... Claro, le ampararemos, le socorreremos. Ha sido nuestro señor, nuestro amo; en su casa hemos comido, hemos trabajado... Con las migajas de su mesa hemos ido amasando nuestro pasar. (Levántase con aire de protección.) Pues, sí: hay aquí cristianismo, delicadeza... (Coge otro tomate y admira su belleza y tamaño.) Estos son tomates, Gregoria... Que venga el Cura refregándonos los suyos por las narices... Pues, sí, mujer: me da lástima del buen D. Rodrigo.

GREGORIA, contestando á la apología del tomate.

Pero las judías no granaron bien. (Mostrándolas.) Mira esto... También á mí me aflige ver tan caidito al señor Conde... Parece castigo... y si no castigo, enseñanza.

VENANCIO

Castigo, has dicho bien. Todo ello por no ser económico, y no pensar más que en darse la gran vida, sin mirar al día de mañana. Ahí tienes el caso, Gregoria, y pónselo delante á los que le critican á uno por la economía. En fiestas y viajes, en caballos y trenes, en convitazos y otras mil vanidades, se le escurrieron al señor los bienes de la casa de Albrit, y parte de los de Laín, que eran de su madre. La casa venía empeñada de atrás, pues dicen las historias que ningún Conde de Albrit supo arreglarse. Mira por dónde

las culpas de todos las paga este desdichado. Ya ves, después que le dejan en cueros los acreedores, le falla el negocio de América; luego le quita Dios el hijo, y se encuentra mi hombre al fin de la vida, miserable, enfermo, sin ningún cariño... Es triste, ¿verdad?

GREGORIA

Ahora caigo en que viene á ver á sus nietas: sí, Venancio, anda en busca de un querer que dé consuelo á su alma solitaria...

VENANCIO, cogiendo de la cesta una berenjena.

Puede ser... ¿Y qué tienes que decir de estas berenjenas?

GREGORIA

No son malas... Lo que digo es que al señor Conde le atrae el calorcillo de la familia.

VENANCIO

Pero ya verás: mi D. Rodrigo, buscando el agasajo, mete la mano en el nidial, y toca una cosa fría que resbala... ¡Ay! Es el culebrón de la madre, es la extranjera, la mala sombra de la familia, pues desde que el Conde D. Rafael casó con esa berganta, la casa empezó á hundirse... (Poniendo en el cesto la berenjena con que acciona.) En fin, que en tomates y berenjenas no hay quien nos tosa... pero no sabemos qué vientos echan para acá al señor Conde de Albrit.

GREGORIA

Él nos lo dirá. Y si se lo calla, no callarán sus hechos. (Dando por terminada su tarea, y pasando de la

falda á un cesto las judías.) No te descuides, Gregoria; que venga por lo que venga, tienes que prepararle una buena mesa... Ya es un respiro que la extranjera no se nos meta en casa.

VENANCIO

Y aunque viniera... Nunca está más de dos días ó tres. Jerusa es muy chica, y esa necesita tierra ancha para zancajear á gusto.

GREGORIA, asaltada de una idea.

¡Ay, Venancio de mi alma, lo que se me ocurre! ¡No haber caído en ello ni tú ni yo! ¿Apostamos á que Doña Lucrecia viene á llevarse sus niñas?

VENANCIO, permaneciendo largo rato con la boca abierta.

Puede que aciertes... Ya son grandecitas... mujercitas ya. Pues, mira, nos fastidia...

GREGORIA

¡Hijo de mi alma, cuándo nos caerá otra breva como ésta!

VENANCIO, paseándose meditabundo.

No es mucho lo que nos pasa cada trimestre por cuidarlas y mantenerlas; pero algo es algo: rentita puntual, saneada... No, no: verás cómo no se las lleva.

GREGORIA

Ea, no nos devanemos los sesos por adivinar hoy lo que sabremos mañana. (Dispónese á pasar á la casa.)

VENANCIO

¿Sabes tú quién nos lo va á decir? Pues Senén. Desde ayer está aquí.

GREGORIA

¿Senén?... ¿El de la Coscoja?... Sí: las niñas me dijeron que le habían visto, y que está hecho un caballero.

VENANCIO

Empleado público, funcionario, como quien dice, nada menos que en las oficinas de Hacienda de Durante (1). Fué criado de la Condesa, que en premio de sus buenos servicios le ha dado credenciales, ascensos; en fin, que de un gazzápiro ha hecho un hombre.

GREGORIA

Le protege, según dicen, porque le servía de correveidile y de tapa-enredos en sus...

VENANCIO

Chist... Cuidado... puede llegar... Le espero. Ha quedado en traerme noticias.

GREGORIA, bajando la voz.

De tapadera en sus trapisondas amorosas... Ello es que siempre que nos visita la señora, re-

(1) La capital de la provincia.

cala Senén, y no la deja vivir con su pordioseo impertinente: que si la recomendación; que si la tarjeta al Jefe; que si la carta al Ministro, ó al demonio coronado... Y como la tal Condesa es persona de grandes influencias, y trae á los personajes de allá cogidos por el morro...

VENANCIO

Senén es listo, se cuele por el ojo de una aguja. Pues me ha contado que Doña Lacreacia salió de Madrid el 12, y que de aquí irá á visitar á los señores de Donesteve en sus posesiones de Verola. Todo lo sabe el indino. El es quien ha dicho al Alcalde que la señora llega hoy, y... ¡Ah, pues se me olvidaba lo mejor! Le harán un gran recibimiento, por los grandes beneficios y mejoras que Jerusa le debe.

GREGORIA

¡Festejos! ¡Y aquí no sabíamos nada!... Y de esta visita del Conde, ¿tenía Senén conocimiento?

VENANCIO

¡Pues no! Como que se le han respingado las narices de tanto olfatear, de tanto meterlas en todos los secreticos de la casa en que sirvió antes de andar en oficinas. Se cartea con marmitones y cocheros de la casa de Laín, y allí no vuela una mosca sin que él lo sepa.

GREGORIA, alegre.

Pues ese, ese pachón de vidas ajenas nos ha de sacar de dudas.

VENANCIO

Ya tarda... Me dijo que á las diez. Ha ido á telegrafiar al jefe de la estación de Laín, y al Alcalde de Polan...

GREGORIA, mirando á la huerta.

Me parece que está ahí... Alguien anda por la huerta llamándote.

VENANCIO

Él es... (Llama.) ¡Senén, Senén, chicooo...!

ESCENA II

GREGORIA, VENANCIO; SENÉN, de veintiocho años, más bien más que menos, vestido á la moda, con afectada elegancia de plebeyo que ha querido cambiar rápidamente y sin estudio la grosería por las buenas formas. Su estatura es corta; sus facciones aniñadas, bonitas en detalle, pero formando un conjunto ferozmente antipático. Pelito rizado; chapas carminosas en las mejillas; bigote rubio retorcido en sortijilla. Lucha por su existencia en el terreno de la intriga, olfateando las ocasiones ventajosas, y utilizando la protección y gratitud de las personas á quienes ha prestado servicios de ínfima calidad, sobre los cuales guarda cuidadoso secreto. Ya no se acuerda de cuando andaba descalzo y harapiento por las mal empedradas calles de Jerusa. Nacido de la *Coscoja*, viuda pobre, que adormecía sus penas emborrachándose, Senén vivió de la caridad pública hasta que fué recogido por los Condes de Laín, que lo pusieron á la escuela, y después le tomaron á su servicio. Fué pinche de cocina, escribiente,

ayuda de cámara, hasta que su agudeza, reforzada por ardiente ambición de dinero, le emancipó de la servidumbre. En diversos trabajos y granjerías, hubo de probar fortuna: viajante de comercio, corredor de vinos, administrador de periódicos, y por fin la Condesa le abrió los espacios de la Administración pública con un destín de Hacienda, al que siguieron ascensos, comisiones y otras gangas. Compensa la cortedad de su inteligencia con su constancia y sagacidad en la adulación, su olfato de las oportunidades, y su arte para el pordioseo de recomendaciones. Su egoísmo toma más bien formas solapadas que brutales, y para disimularlo, el instinto, más que la voluntad, le sugiere la economía, y todo el ahorro compatible con el lucimiento y afeite de su persona. Guarda su dinero, y se apropia todo lo que sin peligro puede apropiarse. En lo que no es ostensible, ó sea en el comer, gasta lo indispensable, reservando casi todo su peculio para el *coram vobis*. Su vicio es la buena ropa, y su pasión las alhajas; lleva constantemente tres sortijas de piedras finas en el meñique de la mano izquierda, y al llegar á Jerusa ha sacado á relucir un alfiler de corbata, que es ¡ay! la desazón de sus compatriotas de ambos sexos.

SENÉN

Allá voy. Estaba mirando las peras... (Entra en la terraza.) Hola, Gregoria; usted siempre tan famosa.

GREGORIA

¡Y tú qué guapo... y qué bien hueles, condenado! Estás hecho un príncipe.

SENÉN

Hay que pintarla un poquillo, Gregoria. Es uno esclavo de la posición.

VENANCIO, impaciente.

Vengan pronto esas noticias.

SENÉN

La Condesa llegará á Lain en el tren de las doce y cinco. He tenido un parte. (Mostrándolo.) Se lo he llevado al Alcalde, que no estaba seguro de la hora de llegada.

GREGORIA

Y D. José irá á esperarla en su coche.

VENANCIO

Claro.

SENÉN, sentándose con indolencia. (Se cuida mucho de emplear un lenguaje muy fino.)

Y el Municipio ¡oh! le prepara un gran recibimiento, una ovación entusiasta.

GREGORIA

¡Á tu ama!

SENÉN

Á la que fué mi ama. ¡Estaría bueno que no se hicieran los honores debidos á la ilustre señora, por cuya influencia ha obtenido Jerusa la estación telegráfica, la carretera de Jorbes, amén de las dos condonaciones!

GREGORIA

Puede que, si hay festejos, tengamos aquí á Doña Lucrecia más tiempo del que acostumbra.

SENÉN

Creo que no; está invitada á pasar unos días en Verola con los señores de Donesteve.

VENANCIO

¿Y del Conde qué me dices?

SENÉN

Que Su Excelencia debió llegar á Lain anoche, ó esta mañana en el primer tren. De modo que no me explíco... digo que no me explíco, mi querido Venancio, que no le tengas ya en tu casa.

GREGORIA

De fijo habrá ido á Polan á visitar el sepulcro de su esposa, la Condesa Adelaida.

VENANCIO

Bueno, Senén. Tú que todo lo sabes... naturalmente, has vivido en la intimidad de la familia, conoces sus costumbres, la manera de pensar de cada uno, sus discordias y zaragatas, dinos... ¿D. Rodrigo y su nuera se encontrarán aquí por casualidad, ó es que...?

SENÉN, seguro, dándose importancia.

No: se han dado cita en Jerusa.

GREGORIA

¿Cómo es eso? ¿Y para qué se citan los que se aborrecen? ¿Qué hacen?

SENÉN

Lo contrario de lo que hacen los que aman. Los amantes se acarician; éstos se muerden.

VENANCIO

Vamos, es al modo de un desafío... Dicen: «en tal parte, á tal hora, nos juntamos para rompernos el bautismo».

GREGORIA

Será que el señor Conde, que no ha visto á su nuera desde que él embarcó para el Perú, querrá ajustar con ella alguna cuenta...

VENANCIO

De interés, ó de cosas tocantes al honor de la familia, pues para nadie es un secreto... no te enfades, Senenillo... que tu protectora la señora Condesa... En fin, no está bien que yo repita...

SENÉN

Sí, que el repetir es cosa fea. ¿Qué les importa á ustedes, ni qué me importa á mí, que el señor Conde de Albrit y su nuera la Condesa viuda de Lain se peleen, se arañen y se tiren de los pelos por un pedacito así de honra, ó por un pedazo grande...? pongamos que es un pedazo de honra tan grande como esta casa.

VENANCIO

Tiene razón Senén. *Haiga* virtud ó no la *haiga*, nada nos dan ni nada nos quitan.

SENÉN

Yo no sé sino que el viejo Albrit, que hasta ahora, desde la muerte de su hijo, no se ha movido de Valencia, escribió á la Condesa...

VENANCIO, riendo.

Pidiéndole dinero.

SENÉN

Hombre, no: le proponía una entrevista para tratar de asuntos graves...

GREGORIA

De asuntos de familia. Y como la Condesa no quiere altercados en Madrid, porque allí puede haber escándalo, y se entera todo el mundo, y hasta lo sacan los papeles, le ha citado en este rincón de Jerusa, donde sólo vivimos cuatro papanatas, y si hay zipizape aquí se queda, y la ropa sucia en casita se lava. ¿Qué tal, señor cortesano, entiendo yo á mi gente?

VENANCIO

Di que no es lista mi mujer.

SENÉN, risueño y galante.

Sabe griego y latín. ¡Vaya un talento! Y para acabar de granjearse mi estimación, me va á traer un vasito de cerveza. Estoy abrasado.

GREGORIA

Ahora mismo: hubiéraslo dicho antes. (Entra en la casa, llevándose las hortalizas.)

VENANCIO

Y tú, rey de las hormigas, ¿qué pretendes ahora de tu ama? ¿Otro ascenso, una plaza mejor?

SENÉN

Quiero adelantar, salir de esta miseria de la nómina, del triste jornal que el Gobierno nos da por aburrirnos, y aburrir al país que paga.

VENANCIO

Picas alto. Digan lo que quieran, chico, tú tienes mucho mérito. Yo te vi salir del lodo.

SENÉN

Y me verás subir, subir... El lodo, créeme, es un gran trampolín para dar el salto.

GREGORIA, que vuelve con la cerveza y copas, y les sirve.

Dime, Senenillo, ¿y para tus medros, no te agarras también á los faldones del señor Conde?

SENÉN

Albrit no tiene una peseta, y nadie le hace caso ya.

VENANCIO

Ese roble ya no da sombra, y sólo sirve para leña.

GREGORIA, que sentándose entre los dos bebedores de cerveza, acaricia á Senén.

Vamos á ver, hijo, ¿por qué no nos cuentas el porqué y el cómo de que tan mal se quieran la Condesa viuda y el abuelo? Tú lo sabes todo.

VENANCIO

Vaya si lo sabe; pero no muerde el gosque á quien le da de comer.

(Senén paladea la cerveza, dándose aires de madrileño, y calla.)

GREGORIA

Ya lo ves: callado como un besugo. Dinos otra cosa. Será cuento todo eso que se dice de tu señora... Es cuento, ¿verdad?

SENÉN, enfático.

Me permitiréis, queridos amigos, que no hable mal de mi bienhechora. Os diré tan sólo que es un corazón tierno, y una voluntad generosa y franca hasta dejárselo de sobra. No le pidáis gazmoñerías, eso no. Es mujer de muchísimo desahogo... Compadece á los desgraciados y consuela á los afligidos. Y como persona de instrucción, no hay otra: habla cuatro lenguas, y en todas ellas sabe decir cosas que encantan y enamoran.

VENANCIO

Todas esas lenguas, y más que supiera, no bastan para contar los horrores que acerca de ella corren en castellano neto.

SENÉN, endilgando sabidurías que aprendió en los cafés.

¡Horrores!... No hagáis caso. La honradez y la no honradez, señores míos, son cosas tan elásticas, que cada país y cada civilización... cada civilización, digo, las aprecia de distinto modo. Pretendéis que la moralidad sea la mis-

ma en los pueblos patriarcales, digamos primitivos, como esta pobre Jerusa, y en los *grandes centros*... ¿Habéis vivido vosotros en los *grandes centros*?

VENANCIO

Ni falta.

SENÉN

Pues en los *grandes centros* veriais otro mundo, otras ideas, otra moralidad. La Condesa Lucrecia no es una mujer; es una dama, una gran señora. ¿Qué? ¿Que le gusta divertirse? Cierto que sí; se divierte por la noche, por la mañana y por la tarde... No, no me saquéis el Cristo de la moralidad. Yo os digo, y lo pruebo, que es cosa esencial en las sociedades que las damas se diviertan, porque del divertirse damas y galanes, viene el lujo, que es cosa muy buena... (Riendo del asombro de sus interlocutores.) Ya... papanatas; creéis que es malo el lujo... Vivís en Babilonia. Pues os digo, y lo pruebo, que el lujo es lo que sostiene la industria... la industria de los *grandes centros*, por la cual y con la cual, lo pruebo, come todo el mundo. *Reasumiendo*: que si hubiera moralidad, tal y como vosotros la entendéis, la gente no se divertiría, y sin diversiones, no tendríamos lujo, y *por ende*, no habría industrias: la mitad de los que hoy comen se morirían de hambre, y la otra mitad mascarían tronchos de berzas.

VENANCIO

Vaya que eres parlanchín, y entiendes la aguja de marear.